

Fernández, Víctor Manuel

El derecho a la evasión

Revista Criterio N° 2275, Septiembre 2002

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

FERNANDEZ, Víctor Manuel. *El derecho a la evasión* [en línea]. *Criterio*, 2275 (septiembre, 2002)
<http://www.revistacriterio.com.ar/iglesia/el-derecho-a-la-evasion/> Disponible en:
<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/rectorado/derecho-evasion-victor-fernandez.pdf> [Fecha de consulta:.....]

(Se recomienda indicar fecha de consulta al final de la cita. Ej: [Fecha de consulta: 19 de agosto de 2010]).

El derecho a la evasión

por **Fernández, Víctor Manuel**

Durante varias décadas los cristianos nos hicimos eco de la crítica marxista que presentaba a la religión como el opio de los pueblos. Hoy, aunque eso no implique un compromiso real de nuestra parte, muchos sentimos rechazo ante las espiritualidades desligadas de un compromiso con el mundo, o hacia los desbordes místicos que parecen un modo de evadirse de la realidad. La buena imagen que hoy en día tiene la Iglesia, debido a su preocupación por la justicia social, también nos lleva a poner el acento en una espiritualidad ligada a las exigencias de justicia que brotan de nuestra fe.

Sin embargo, las angustias de la vida llevan a muchas personas a buscar espacios de espiritualidad que les permitan al menos sobrevivir y a no enfermarse. Y sucede a menudo que, cuando buscan en comunidades cristianas esos espacios de alivio espiritual, sólo escuchan descripciones de la situación social que ya conocen sobradamente. Esto les lleva a buscar con ansias alguna propuesta espiritual en las sectas, en grupos pseudo religiosos, en las propuestas de la *New Age* y en otras ofertas que se multiplican cada vez más. De este modo, en lugar de favorecer un cristianismo más comprometido, se fomenta precisamente lo contrario: que cada vez más las personas vivan la fe de un modo individualista, intimista, al margen de todo compromiso y de toda exigencia comunitaria.

Bien indicaba J. Comblin que el desafío actual para nosotros no es tanto la irreligiosidad, sino que las experiencias religiosas tienden a producirse al margen de lo que ofrecen las comunidades cristianas. Nuestras comunidades no siempre ofrecen respuestas adecuadas a la sed espiritual propia de este momento histórico:

*El mundo romano proyecta sobre América Latina la problemática europea de la secularización... Sin embargo, los años 80 han mostrado que la secularización es una manera equivocada de plantear el problema de la evangelización. En América Latina, en lugar de una secularización, se da una notable explosión religiosa. El problema es que tal explosión religiosa lleve consigo un abandono de la Iglesia católica.*¹

Creo firmemente que el gran desafío de hoy está en unir íntima y permanentemente espiritualidad y sensibilidad social: presentar propuestas de espiritualidad accesibles y adecuadas a la sensibilidad del hombre actual, junto a un decidido y firme compromiso social en la defensa de los pobres y en la lucha por la justicia. Pero hacerlo de tal manera que ambas inquietudes se iluminen y alimenten la una a la otra. Esa unión efectiva de ambas cosas es lo que no acabamos de lograr.

Si se ha repetido tantas veces que lo que no es asumido no es redimido, no nos queda más que estar atentos a la sed espiritual de muchos de nuestros contemporáneos y asumir esa sed brindándole una respuesta. Sólo a partir de esa respuesta podrá encauzarse la inquietud religiosa hacia un compromiso con la justicia y con la comunidad. Y sólo desde esa respuesta a su sensibilidad espiritual podrá procurarse una mayor inserción de las personas en la Iglesia visible.

En este sentido, creo que hoy, ante tanta gente angustiada, cansada, llena de miedos y de sufrimientos, lo primero que cabe hacer es proponer espacios espirituales que ofrezcan un alivio, y de esa manera pueda orientarse a las personas a luchar por la felicidad de los demás. Llamémosle evasión si queremos, pero es una evasión necesaria como un primer paso para aliviar corazones destrozados, y para que esos corazones descubran que la experiencia cristiana que propone la Iglesia verdaderamente ayuda a vivir mejor.

Caminos para evadirse en Dios

En este contexto, quisiera hablar de una santa evasión, que se produce cuando la persona logra salir de sí misma para adorar a Dios, para entrar en el misterio de su amor y de su hermosura.

Esta evasión requiere siempre un punto de partida, un disparador, un primer impulso que brota de alguna experiencia humana. Hay dos maneras de partir de la experiencia para trascender hacia Dios: una manera negativa y otra positiva.

1. Una manera negativa, en cuanto se parte de una carencia, aunque en definitiva se trata del aprecio de un valor que no se posee. Veamos algunos ejemplos:

a. Si alguien tiene problemas de amor, por distintos motivos: porque cree que en la vida no ha recibido el afecto que necesitaba, o, al revés, porque descubre su incapacidad de amar en serio a los demás, su egoísmo. En el fondo está encerrado en su corazón, mirando enfermiza y constantemente sus carencias e imperfecciones. La clave está en frenar esos pensamientos inútiles, salir de sí y detenerse a contemplar el amor de Dios. Él sí es amor, amor puro, sincero, infinito, amor sin límites. Él es amor. Eso es lo importante. Si me parece que el amor en esta vida no existe, tengo que pensar que sí existe, porque Dios es amor, y es maravilloso que así sea.

b. Si alguien está preocupado por su imagen ante los demás, por sus errores, sus incoherencias. Si le duelen sus humillaciones públicas o lo que los demás digan de su persona. O si sufre porque se da cuenta de sus imperfecciones. Es mejor que no pierda el tiempo mirándose a sí mismo. Lo importante es que existe Él, el perfecto, el Santo, y que se detenga a contemplarlo. Eso es lo que cuenta, que Él existe, y que Él sí es el Santo. Vale la pena adorarlo.

c. Cuando alguien se detiene a pensar en su infelicidad, en sus fracasos, en las cosas que soñó y no logró, en sus insatisfacciones. ¿Para qué gastar el tiempo y las energías en esos pensamientos?. Lo importante es que existe Él, y es infinitamente feliz. Él es pura felicidad, sin límites ni confines. Existe la felicidad perfecta, que es Él. Yo puedo recibir gotitas de esa felicidad, y estoy llamado a una felicidad inmensa. Pero lo más importante es que Él es feliz, tremenda y maravillosamente feliz, que en Él hay un gozo ilimitado y desbordante. Tiene sentido contemplarlo.

Esto es lograr poco a poco que Él crezca y que yo disminuya. Por eso, esta evasión en realidad no es tanto sumergirse en la propia intimidad, sino más bien lo contrario: salir de sí mismo, trascenderse a sí mismo logrando que la propia atención amorosa se centre en otro: Dios.

Se trata de conseguir poco a poco que en nuestro corazón vayan disminuyendo las quejas y vaya creciendo Él, que Él sea el centro, que cada vez sea más frecuente detenerse durante el día a salir de nosotros mismos y contemplarlo a Él, y ser felices porque Él existe, y es amor, es perfección, es felicidad.

2. Hay también una manera más positiva de trascender hacia Dios, que es partiendo de una experiencia que se vive como algo positivo. También se aprende a contemplar a Dios si uno sabe disfrutar de las cosas lindas de la vida. Por ejemplo:

a. Si uno aprende a disfrutar de la ducha, si es capaz de detenerse a disfrutar el roce del agua caliente, deja que su cuerpo se alivie con el agua, y se detiene sin prisa a gozar de ese contacto. Entonces, puede empezar a imaginarse a Dios como agua viva, agua que sana, agua que alivia. Dios como fuente de vida, manantial infinito.

b. Si está escuchando música que le gusta, ¿por qué no puede detenerse un minuto a disfrutarla? Y mientras la escucha, puede poco a poco dejar que el ritmo y la armonía de la

música vayan tomando todo su ser. Así empieza a imaginar a Dios como una música infinita, que lo envuelve y le hace participar de su melodía y de su gozo.

c. Si está ante un paisaje, puede detenerse un rato, sin apuros. Hay gente que pasa ante los paisajes como si estuviera mirando fotos, y no se queda aunque sea unos minutos quieta, disfrutándolo. O las flores, o un árbol, o el cielo. Y deteniéndose, poco a poco, puede comenzar a contemplar a Dios como belleza. También puede tomar la imagen de un lago o un río destellante, e imaginar a Dios como ese río límpido, fuerte, sereno, luminoso. Y adorarlo.

d. Si le gusta una actividad, o la gimnasia, puede disfrutar sólo eso, esa intensidad vital, y poco a poco comenzar a pensar en Dios como vida, vida pura, intensa, infinita. Y darle gracias por la vida, y adorarlo porque Él es vida.

Podemos dar este paso de nuestras experiencias a Dios porque Dios es la causa de todas las cosas, de todas las experiencias. Él está en todo y todas las cosas buenas son un reflejo suyo. Y en toda experiencia agradable hay como un pequeño anticipo del cielo. No es necesario abandonar ni negar la vida para encontrarse con Dios.

Pero siempre hay que aplicar aquí la negación y la superación. Aunque en las cosas y en las experiencias humanas haya un reflejo de Dios, Él es infinitamente más y mejor que esa experiencia limitada. Porque lo que vivimos tarde o temprano nos hastía, o nos muestra sus límites, o se acaba. Por eso mismo, mientras vivimos en esta tierra, necesitamos estar abiertos para encontrar siempre nuevos puntos de partida y dejar caer los que ya no nos sirven para adorar a Dios.

Esta adoración, esta contemplación que parte de la vida, es una santa evasión que uno puede realizar en medio de los problemas. Así le permite sobrevivir en paz en medio de las cosas duras o tristes, y también en la rutina.

Hay momentos duros para nuestro orgullo, para nuestro corazón, momentos de cansancio o de tensión acumulada. Allí hace falta encontrar algún punto de partida para esta legítima evasión hacia Dios, para no llenarse de amargura ni enfermar el alma. Inmediatamente, cuando llega la angustia, hay que detenerse ante algo, cualquier cosa: un paisaje, una canción, un perfume. Concentrarse sólo en una cosa, y con ese punto de partida elevarse a contemplar a Dios, aunque sea un instante. Que por un instante sólo Él sea el importante. Entonces puedo decir:

Señor, me pasa esto, pero yo no soy el centro del universo infinito. Lo importante es que existís vos, amor puro, perfección total, paz infinita, alegría y felicidad sin confines. Santo, Santo, Santo. Alabado seas.

¿Límites de este camino?

Cuando por un momento podemos dejar de pensar en nuestros problemas, eso no nos convierte en seres ineficientes o aislados. Al contrario, nos destraba y nos permite enfrentar con mejor ánimo las cosas de la vida, sin caer en la depresión o la angustia, que de nada sirven. Es un éxtasis liberador.

Sólo desde esta capacidad de trascendernos en Dios podemos seguir comprometidos por la justicia y el bien común; sólo extasiándonos en Él que nos supera, podemos seguir viviendo en comunidad e intentando ser mejores cuando las angustias y tristezas amenazan con apoderarse del corazón. Porque en definitiva todo empeño social tiene sentido si en ese empeño estamos verdaderamente saliendo de nosotros mismos. Esto ha sido reconocido también en el ámbito de la teología de la liberación. Gustavo Gutiérrez, por ejemplo, destaca que la convicción de un amor gratuito de Dios es el clima en que se baña una eficacia histórica buscada.² Gutiérrez entiende que una lucha por la liberación sin una experiencia

personal del amor de Dios deriva en un modo de buscarse a sí mismo que termina desnaturalizando el sentido cristiano de esa lucha.

Todos los guías espirituales tienen la hermosa misión de ayudar a las personas a salir de su angustia buscando puntos de partida –positivos o negativos– para elevarse a Dios y experimentar su presencia amorosa. De otra manera, se transmitirá una imagen de Dios intelectualista o moralista, que no ofrece a la persona una relación personal donde se integre toda su vida, donde se perciba que estamos hablando del Dios de la Encarnación, que se abaja hasta la situación de su criatura para elevarla desde su propia existencia cotidiana.

La predicación y el consejo espiritual a veces transmiten una espiritualidad poco integradora de las emociones, del afecto, de las simples experiencias con las que se construye la existencia concreta de cada día. Dios merece que lo amemos con todo lo que somos, también con nuestra capacidad de ternura, de afecto, de pasión.

Cuando señalamos los defectos de ciertas expresiones religiosas o espirituales, podríamos al mismo tiempo felicitarlas porque expresan una búsqueda de Dios, porque invitan a las personas a salir de su pequeño mundo para buscar al Señor que supera nuestros límites pequeños, porque muchas veces muestran a las personas que adorar a Dios ayuda a vivir.

De todos modos, también estamos llamados a mostrar a los demás que la capacidad de auto trascendencia hacia Dios muestra su autenticidad cuando logramos salir de nosotros mismos hacia otro ser humano. San Pablo indica la necesidad de que en cada obra el creyente salga de sí mismo: Aunque repartiera todos mis bienes a los hambrientos y entregara mi propio cuerpo a las llamas, si no tengo amor, de nada me sirve (1 Cor 13, 3). Pero no se refiere exclusivamente al amor a Dios, ya que inmediatamente afirma que este amor es paciente, es servicial, no tiene envidias (1 Cor 13, 4). La inclinación hacia el ser humano nos da un indicio seguro de que nuestra inclinación hacia Dios es auténtica. Muchas veces, aprender a buscar generosamente la felicidad de otros, puede ser el mejor camino para comenzar a abrir el corazón a Dios.

Sin embargo, para la persona que está abrumada por las angustias, muy encerrada en sí misma y en su mundo de perturbaciones, aprender a evadirse en la presencia de Dios puede ser el dinamismo que la lleve, poco a poco, a alcanzar una liberación que le permita pensar en los demás y vivir comunitariamente. De otra manera, por más que se le exhorte a pensar en los demás, posiblemente prefiera permanecer en su encierro, rumiando sus insatisfacciones y lamentos.

Si se le ofrece un camino espiritual de encuentro con un Dios de amor, que le manifiesta su ternura en pequeños y cotidianos signos, puede llegar un momento en que Dios llegue a ser verdaderamente el importante, y así, levantando la cabeza vencida y abriendo los ojos cerrados, podrá empezar a reconocer a los demás.

Si los signos muestran que la persona está buscando a Dios por un camino demasiado intimista, que no deja de ser un encierro en su propia interioridad, la solución no consiste en pedirle que deje de adorar o de buscar a Dios. Ese es su derecho. Nuestro aporte consistirá en exhortarla a seguir intentando, a seguir buscando, de manera que llegue a vivir una verdadera adoración donde sea Dios el importante. Esa adoración auténtica, al sacar a la persona de sí misma, le permitirá seguir viviendo en medio del mundo, dedicarse a los demás, y enfrentarlo todo.